

10-19

Nº 87

(Leg. 1 - P. 4^s)

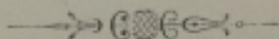
U/Bc LEG 1-4 nç87 HTCA



1>0 0 0 0 2 6 3 5 3 1

UVA. BHSC. LEG_1_4_n 87

INFLUENCIA
DE LOS CLIMAS EN LOS HÁBITOS MORALES.



Creado el 18

DISCURSO

LEIDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR

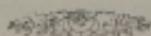
DOY MARCELINO MARTINEZ DE MORALES.

licenciado en medicina y cirugía.

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTITURA

DE

Doctor en la facultad de ~~Jurisprudencia~~ *predicha*



MADRID.—1859.

Imprenta de Tejado,
Leguizos, núm. 17.

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Difícilmente me hubiera atrevido á ocupar este sitio tan respetable, si el Reglamento no exigiera de mi este acto para completar mi carrera. Educado en el Colegio de Medicina de Cádiz, y habiendo adquirido en él todos los estudios que aquella Facultad me podía conceder, sólo el deseo de ponerme á la altura de la ciencia me animó á continuarlos en esta Universidad Central, cuya fama de tan esclarecidos maestros habia llegado á mi conocimiento.

Pero si, Excmo. é Ilmo. Sr., he procurado en cuanto mi escaso talento me ha permitido, estudiar las doctrinas que constituyen los estudios superiores del Doctorado, hoy que me veo en la imprescindible necesidad de manifestar mi suficiencia sobre un punto científico, necesario es que implore vuestra indulgencia; pues mis exíguos conocimientos sólo servirían para oscurecer los muchos y profundos que adornan á los entendidos Profesores de este Claustro Universitario.

De esta manera, y en la necesidad de dirigirle hoy mi desautorizada voz, paso á ocuparme del siguiente tema: «Influencia que tienen los climas en los hábitos morales.»

Esta cuestion, Excmo. é Ilmo. Sr., es de tan grande importancia, como que por ella se demuestra la correlacion que existe entre el mundo moral y el mundo físico; y de su enseñanza pueden resultar inmensos beneficios para el adelantamiento de la higiene.

Si seguimos en sus profundas investigaciones á los sábios y naturalistas, á esos hombres que dedican su existencia entera á descubrir los misterios de la naturaleza, se les verá describir las diferentes regiones del Globo, marcando todas sus diferencias; y de este estudio aparecerá confirmado el hecho de que la Providencia en sus elevados desig-
nios, esparció de una manera distinta y variable sus preciosos dones.

Cada latitud, cada clima, tiene una fisonomía propia, una naturaleza peculiar. El aire que las vivifica depende de la posición del Sol, del curso de los ríos y de las montañas, de la combinación de los gases y exhalaciones que se encuentran en la atmósfera.

La vegetación crece y se multiplica según la condición de los terrenos y de las aguas, sugetándose á la acción que sobre estos varios elementos ejerce el aire atmosférico; y los animales, en fin, más susceptibles de impresionarse por los agentes exteriores, que los demás seres de la creación, son la imagen viva, la manifestación suprema del cuadro de la naturaleza. Entre estos descuella el hombre semejanza á un Dios Poderoso, el más susceptible de recibir todo género de excitaciones, modificándose su manera de ser en razón al clima de una manera tal, que muchos naturalistas han creído que la raza humana podía ser dividida en muchas especies distintas.

Por otra parte, la analogía física del hombre hacia los objetos que le rodean, y que necesariamente tiene que aplicar á la satisfacción de sus necesidades, es tan clara, que inmediatamente se identifica con ellos, haciéndose su árbitro y señor.

Estas verdades inconcusas no fueron desconocidas por Hipócrates; y así vemos que al ocuparse de ciertos pueblos situados en los confines del Asia y de la Europa, para comparar sus hábitos y costumbres con las de los Asiáticos y

Egipcios, dice, « que la naturaleza salvaje del país que ocupan y los bruscos movimientos de estaciones á que continuamente se hallan expuestos, establecen entre los individuos que componen esas nacionalidades, diferencias que no existen en los otros pueblos.»

En otro lugar, despues de haber descrito un canton particular de la Scitia, concluye con estas palabras: « Vosotros veis que las estaciones no sufren cambios repentinos; y esa es la razon por qué las formas de los habitantes son poco variables. Los alimentos que constituyen su nutricion, son siempre unos mismos, idénticos los vestidos para cubrirse del rigor de las estaciones, el aire que respiran es siempre húmedo y acuoso, y las aguas participan de esta misma condicion.»

En otro pasage, queriendo comparar el Sol del Asia y el de la Europa, se expresa de esta manera: « Si los Asiáticos enervados por la molicie, sin actividad, sin valor, son ménos belicosos que los Europeos, si son de costumbres más suaves, en la influencia del clima y en la marcha de las estaciones es donde debe buscarse el origen. En Asia, la transicion del frio al calor jamás es grande ni sensible, conservándose las fuerzas vitales sin impresiones vehementes. En Europa, los hombres difieren mucho en su forma, á causa de las frecuentes mudanzas de los tiempos. Aquí, los rigores del Sol abrasan á la tierra; en otro lugar, la crudeza del invierno las enfria; lluvias contiúas y vientos impetuosos, se dejan sen-

tir por otros lados, y en una palabra, todas las temperaturas reinan sucediéndose periódicamente. Ved ahí, por qué el aspecto exterior de los Europeos es tan distinto de una ciudad á otra. Los efectos del clima se dejan también sentir en las costumbres, produciendo caracteres más enérgicos é indisciplinados; y esta es la razón por qué los Europeos son más valerosos que los Asiáticos. En una palabra, un mismo estado de cosas produce forzosamente la inercia; la variedad, por el contrario, excitando el cuerpo, sublima el ánimo y la inteligencia para el trabajo.

Sin embargo de ser la doctrina que venimos exponiendo de suyo tan obvia, y á pesar de suscitar en su causa la autoridad del gran Maestro de la ciencia, muchos y respetables filósofos han negado semejante influencia, juzgándola quizás depresiva de la dignidad humana, sin comprender que las exigencias de la Lógica los habia de arrastrar, como consecuencia precisa, á la negación absoluta de todo consorcio entre el mundo físico y el moral.

Establecidos los términos de la cuestión de una manera vaga; restringiendo arbitrariamente lo que debía entenderse por clima hasta reducirlo á los estrechos límites de los grados de latitud propia de cada país, es evidente que no podrían jamás deducirse las conclusiones que aquellos que dan á esta palabra un sentido más extenso.

Hipócrates, en su obra de los aires, de las aguas y de los

lugares, no atribuía los efectos al solo grado de la temperatura, sino á las demás causas reunidas tanto de la latitud del Sol como de su propia naturaleza. Él considera como elementos necesarios de la cuestion, todos los objetos importantes peculiares á cada region del globo, todas las causas durables ó pasajeras por las cuales estos objetos pueden afectar los sentidos y modificar la naturaleza humana, siendo ésta la acepcion propia de la palabra clima. Reducirla á circunstancias particulares de latitud, al grado de frio ó de calor, es soberanamente inexacto; para comprender toda su importancia es necesario considerar la reunion de elementos físicos propios de cada localidad, la fisonomía característica impresa por la naturaleza para distinguir las diversas regiones del mundo.

Los hábitos morales de un pueblo se encuentran reflejados en la série de afecciones, de pensamientos, de ideas, constituyendo el producto necesario de las impresiones que cada dia recibe. Pero estas impresiones se relacionan con los objetos que las producen; y si es un hecho que estos son diversos, ¿la sensibilidad no ha de ser modificada por la accion continua de objetos tan distintos?

Para sostener victoriosamente la opinion contraria, seria necesario probar que la naturaleza se presenta bajo una misma forma en todos los climas; seria necesario negar la fertilidad y vegetacion de la América, y la aridez y el desamparo de los desiertos del Asia.

Si nos fuera posible, Exmo. é Ilmo. Señor extendernos en las consideraciones á que este punto da lugar, se veria comprobado lo que aduciamos en el comienzo del discurso. Del estudio profundo de los agentes naturales han de surgir los adelantos en la higiene, de esa ciencia que está llamada á ser la primera y más brillante página de la Medicina moderna. Estudiar la naturaleza, penetrar en los fenómenos que esta nos presenta, modificar su accion haciéndolos aplicables al hombre, es ensanchar sus límites, es restringir la Patología bello ideal de la ciencia.

Pero ni de mis humildes conocimientos ni del objeto á que se halla destinado este pobre trabajo, podria exigirse tan delicada como noble carga. Sólo hemos procurado copiar una página del Padre de la Medicina, de ese Génio sintético que adivinó la ciencia.

Madrid 1.º de Febrero de 1859.

Marcelino Martínez de Morales.



